

THICH NHAT HANH

EL MONJE

UNA HISTORIA
DE AMOR VERDADERO



THICH
NHAT
HANH

El monje

Una historia de
amor verdadero

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Novice*

Publicado en inglés por HarperOn, un sello de HarperCollins Publishers

Primera edición publicada por Ediciones Oniro en 2014

Primera edición en esta presentación: febrero de 2020

© 2011, Unified Buddhist Church, Inc.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse por ningún medio, electrónico o mecánico, ni por ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito de la Unified Buddhist Church, Inc.

© de la traducción, Antonio Francisco Rodríguez Esteban, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-08-22241-5

Depósito legal: B. 1215 - 2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO



1. Niño abandonado 9
2. Humillación 21
3. Avanzando hacia la libertad 29
4. Delirio 39
5. Justicia insoportable 51
6. Afilando la espada 59
7. Corazón de diamante 71
8. El gran voto 83
9. Corazón amoroso 93

Una breve nota acerca de la leyenda de Quan Am Thi Kinh 107

El legado de Thi Kinh, por la hermana Chan Khong 109

Practicar el amor, por Thich Nhat Hanh 129

Kinh Tam acababa de hacer repicar la última campana del canto de la tarde cuando el joven novicio oyó el llanto de un bebé. Kinh Tam pensó: «¡Qué extraño!». Tras soltar la campana, el novicio avanzó silenciosamente hacia la puerta del campanario y observó la ladera justo a tiempo para ver a Thi Mau vestida con un ligero y dorado *nam than*, la larga camisa que suelen vestir las mujeres vietnamitas, con un recién nacido que lloraba en sus brazos. La mujer alzó la vista en dirección al novicio.

Un pensamiento alarmante surcó la mente de Kinh Tam. «Thi Mau habrá dado a luz al niño y ahora viene aquí a dejarlo a mi cuidado.»

En su interior brotaron raudas oleadas de sentimientos turbulentos. El novicio Kinh Tam repasó la, para él, difícil situación: «He tomado los votos monásticos del novicio. Me han acusado de mantener una relación

sexual con Thi Mau y dejarla embarazada, y no he confesado la presunta ofensa». Los pensamientos se sucedieron. «¿Quién podría comprender el apuro en que me encuentro? ¿Acaso nadie percibe la enorme injusticia a la que se me ha sometido? Aun cuando mi maestro, el abad de este templo, me ama, aun cuando mis dos hermanos en el Dharma se preocupan mucho por mí, ¿quién sabe si tienen dudas sobre mi corazón? Y ahora el bebé está aquí. Negándose obstinadamente a llevar al recién nacido a su verdadero padre, Thi Mau lo ha traído al templo. Quienes ya creían que soy el padre del niño sin duda malinterpretarán que me quede con él. Dirán que he admitido mi culpa. ¿Qué pensará mi maestro? ¿Cómo reaccionarán mis hermanos en el Dharma? ¿Y la gente del pueblo?».

El novicio Kinh Tam finalmente concluyó: «Tal vez debería bajar y reunirme con Thi Mau para recomendarle que sea valiente, que confiese a sus padres el nombre del verdadero padre y que le lleve el niño a él». Kinh Tam salió del campanario mientras invocaba el nombre de Buda en silencio. El novicio confiaba mucho en la energía de la bondad encarnada en Buda. Sin duda, su sabiduría podía ser una guía en ese momento difícil. El novicio pretendía usar palabras amables y bondadosas para aconsejar a Thi Mau, para ayudarla a considerar una forma más adecuada de gestionar esta situación. Pero cuando el novicio salió del campanario, Thi Mau ya había huido, alejándose ladera abajo. Atravesó las

puertas del templo como una flecha y desapareció en las colinas pobladas de árboles de hoja perenne. En ese momento, el recién nacido —envuelto en varias capas de tejido de algodón blanco, y abandonado en la escalera que conducía al campanario— estalló en un llanto desgarrador.

Kinh Tam se apresuró a recoger al bebé. Desde lo más profundo de su ser, el novicio sintió cómo brotaba un nuevo amor. El instinto de protección surgió como una poderosa fuente de energía. «Nadie se preocupa por este niño y no hay nadie que lo cuide. Su padre no lo reconoce y su madre acaba de abandonarlo. Sus abuelos paternos ni siquiera saben de su existencia en la Tierra. Si no me encargo de él, ¿quién lo hará? —pensó el novicio—. Afirmo ser un monje, una persona que se esfuerza en ser compasiva, así que ¿tengo acaso derecho o corazón para abandonar a este niño?» El novicio sintió afianzarse su firmeza. «¡Que murmuren, que sospechen de mí, que me maldigan! El recién nacido necesita a alguien que lo críe y se ocupe de él. Si no lo hago yo, ¿quién lo hará?»

Con las lágrimas aflorando a sus ojos, Kinh Tam abrazó y acunó amorosamente al bebé. El corazón del novicio se vio inundado por una gran tristeza y por el dulce néctar de la compasión. Kinh Tam advirtió que el bebé tenía hambre y pensó inmediatamente en el tío y la tía Han («Rareza»), una pareja que vivía en el pueblo,

más allá de la colina en la que se alzaba el templo. La tía Han había dado a luz a un bebé hacía apenas dos semanas. Ahora lo más importante era llevar al bebé al pueblo y pedir que lo amamantaran. El tío y la tía Han acudían regularmente a los servicios del templo y mantenían una relación amistosa con todos los novicios. Sin duda la buena mujer aceptaría compartir su leche para alimentar a este desafortunado niño.

Kinh Tam ciñó las capas de algodón para que el bebé se sintiera arropado. A continuación cruzó la puerta con el bebé y bajó el sendero que llevaba al pueblo, atento a cada paso y a cada respiración.

«Mañana por la mañana, mi maestro y mis dos hermanos en el Dharma indudablemente me cuestionarán por haber recogido al bebé —reflexionó el novicio en silencio—. Y yo responderé: “Querido maestro, me has enseñado que el mérito que puede obtenerse al construir un templo de nueve pisos de alto no puede compararse con el de salvar la vida de una persona. Tomándome en serio tu consejo, he decidido criar a este niño. Querido maestro, queridos hermanos en el Dharma, os pido que tengáis compasión. El niño ha sido desatendido, y rechazado por todos. Thi Mau lo abandonó en los escalones que conducen al campanario la tarde pasada y se marchó sin pronunciar palabra. De no haberlo recogido y cuidado, el niño habría muerto”.

»“Reverencia a Avalokiteshvara, el *bodhisattva* que

brinda su ayuda en las crisis más desesperadas.” Todos los que llegan al templo recitan estos versos con mucha devoción. Todos necesitamos refugiarnos en el *bodhisattva* de la gran compasión y la bondad. Sin embargo, muy pocos de nosotros practicamos el cultivo y la ofrenda de la gran compasión y la bondad en nuestras vidas cotidianas —siguió reflexionando el novicio—. Soy un discípulo de Buda y de los *bodhisattvas*; he de practicar de acuerdo con sus recomendaciones. Debo ser capaz de cultivar y encarnar las energías de la gran compasión y la bondad que habitan en mi interior.»

En aquella época, aunque Kinh Tam sólo tenía veinticuatro años, ya había sido víctima de una gran injusticia en dos ocasiones. Primero fue acusado de intentar matar a otra persona. La segunda vez se dijo que había transgredido los votos monásticos al dormir con Mau, la hija de la familia más rica del pueblo, y dejarla embarazada. Dos ejemplos de una enorme injusticia. Pero Kinh Tam podía soportarlo, porque el novicio conocía la práctica de la tolerancia (magnanimidad) y había aprendido el modo de cultivar la bondad y la compasión.

De hecho, el novicio no era un muchacho. En realidad Kinh Tam era hija de la familia Ly («Ciruelo»), originarios de otra provincia. Sus padres la habían llamado Kinh («Reverencia»). Kinh se disfrazó de muchacho para ser ordenado, tan intenso era su deseo de vivir la

vida monástica. El budismo había llegado a Giao Chau, el antiguo nombre de lo que ahora es Vietnam, unos doscientos años antes, y los templos sólo recibían a hombres para su ordenación.

Kinh había oído que, hace mucho tiempo, en India, existieron numerosos templos en los que las mujeres podían ser monjas budistas. A menudo se preguntaba: «¿Hasta cuándo tendremos que esperar antes de disponer de un templo para monjas en este país?».

Fue al templo de la Nube del Dharma, uno de los más bellos de su país, para ordenarse y vivir la vida monástica. El templo se encontraba en el distrito de Giao Chi, a seis días de viaje desde su aldea natal en el distrito de Cuu Chan. Kinh ocultó a sus padres que practicaba en el templo de la Nube del Dharma. Era consciente de que si llegaban a conocer su ordenación y paradero, intervendrían y le suplicarían que regresara a casa.

El mero hecho de que el maestro descubriera que era una chica disfrazada bastaría para expulsarla del templo. Y si no le era posible continuar la vida monástica, el sufrimiento sería demasiado insoportable.

Desde su más temprana infancia, Kinh había sido un poco muchachote, y siempre había preferido los juegos de los chicos. Sus padres la vestían con ropa de chico. Cuando creció, recibieron permiso para que Kinh asistiera a una escuela clásica china para muchachos dirigida por el profesor del pueblo, llamado Bai («Posi-

ción del arco»). Kinh estudió mucho y obtuvo mejores notas que muchos de sus compañeros de la clase.

Kinh era educada, serena y sociable, pero no era pusilánime. Se negaba a disculparse si consideraba que no había cometido una falta, aun cuando se lo pidieran sus padres o su profesor. Unía respetuosamente las manos y razonaba: «No puedo disculparme porque no he hecho nada malo».

Algunos observaron que Kinh era obstinada. Tal vez lo era, pero ¿qué podía hacer ella respecto a su manera de ser? Al mismo tiempo, Kinh era hija única, muy querida y, sí, un tanto consentida por sus padres. Algo que, no obstante, cambió cuando a los siete años su madre dio a luz a su hermanito, al que llamaron Chau («Joya»).

La extraordinaria belleza e inteligencia de Kinh Tam resultaba evidente a ojos de todos los que la conocían; tanto que, al cumplir dieciséis años, muchas familias ofrecieron a sus hijos en matrimonio. Sus padres los rechazaron a todos, en parte porque esas familias no disfrutaban de su mismo estatus social, pero también porque no estaban preparados para dejar marchar a su hija. Sin embargo, cuando llegó una oferta de los padres de Thien Si («Gran sabio»), los padres de Kinh dejaron de lado sus dudas y aceptaron que Thien Si era hijo de la familia Dao. En aquel momento cursaba estudios en la Universidad de Dai Tap y se le consideraba un estu-

dante excelente. Los padres de Thien Si gozaban de un gran prestigio en el distrito, y su linaje se remontaba muchos siglos en el pasado.

Kinh tenía diecinueve años y creía que era demasiado joven para casarse. Se había graduado en la escuela Tieu Tap y la habían aceptado en la Universidad de Dai Tap, pero sus padres le prohibieron asistir. El papel de una mujer consistía en casarse y formar una familia, y los padres de Kinh no deseaban enviarla fuera a continuar sus estudios.

Sin muchas opciones, Kinh se resignó a seguir su educación en casa, como autodidacta. Leyó los *Cuatro libros* y los *Cinco clásicos* confucianos, y también tuvo acceso a libros religiosos. La mayor fortuna de su vida fue la oportunidad de leer los sutras de Buda. Leyó *El sutra de los cuarenta y dos capítulos*, *El Prajnaparamita en ochocientas líneas*, *La colección de las seis Paramitas* del maestro zen Tang Hoi, y *Disipar las dudas* de Mouzi.

El profesor Bai estaba muy interesado en el budismo, y fue él quien prestó esos libros y sutras a Kinh. En una ocasión incluso le permitió visitar su casa y servir el té a tres monjes budistas a los que había invitado para ofrecerles la comida del mediodía, donaciones y otros artículos básicos. En su primer encuentro con los monjes, Kinh se quedó boquiabierto. Llevaban unas sencillas túnicas de color dorado y sus cabezas estaban completamente afeitadas. Sus modales eran amables, serenos y

relajados, y sus voces transmitían una gran compasión. Kinh deseó profundamente poder llevar ese tipo de vida. Pero sabía que no podría cumplir este sueño, porque en su país los templos para monjas simplemente no existían.

Mientras leía el sutra de las seis perfecciones, a menudo Kinh se conmovía hasta las lágrimas. Conoció la vida de Buda y su práctica de las seis perfecciones: la generosidad, el cultivo de la atención plena, la tolerancia (magnanimidad), el esfuerzo, la meditación y la sabiduría. La vida monástica le atraía mucho. Descubrió que el corazón de un monje estaba inundado con la abundante energía del amor, la compasión, la tolerancia y el esfuerzo. Lamentó no haber nacido chico y así poder seguir ese hermoso camino vital.

Y ahora los padres de Kinh habían aceptado la propuesta de matrimonio de los padres de Thien Si. Las muchachas crecían y, por fin, tenían que casarse. Así eran las cosas en aquellos tiempos. ¿Cómo podía enfrentarse a una tradición tan arraigada? Esperaba que Thien Si fuera de trato fácil y no se opusiera a su anhelo de conocimiento y su deseo de practicar el budismo.

Y así, en la siguiente primavera, una Kinh de veinte años se casó y pasó a formar parte de la familia Dao. Thien Si era un joven inteligente, amable y estudioso. Pero también era un tanto hipersensible, tendía a darse muchos caprichos y no era muy fuerte ni estable men-

talmente. En no pocas ocasiones Kinh lo animaba con amabilidad a levantarse, comer, dormir y estudiar con más regularidad, pero a menudo él era incapaz de hacerlo, por mucho que lo intentara, incluso para complacerla. Poco a poco sus suegros empezaron a observar con recelo cómo Thien Si pasaba cada vez más tiempo en un ocio abúlico en compañía de su esposa. Kinh hizo cuanto pudo para ser la nuera ideal, como su madre le había enseñado, esto es: la última en acostarse, la primera en levantarse, atendiendo a todos los quehaceres domésticos, ofreciendo los cuidados más solícitos a los padres de su marido. No había nada en absoluto por lo que los padres de Thien Si pudieran criticarla, pero sentían que ella les había robado el afecto de su único hijo, y abrigaban unos amargos celos por esa razón. En cuanto a Thien Si, parecía vivir menos como una persona autónoma que como la sombra de otro.